

VIII. CIVITAS ROMANA

por M. Carrasco y M.A. Elvira Barba

El historiador y el latinista saben bien cuántas veces deben poner a prueba sus conocimientos sobre la vida cotidiana de los antiguos romanos a la hora de entender una simple frase de Plauto o la función de un personaje histórico en una ceremonia. Las formas de saludar, los detalles significativos de la vestimenta, los horarios de las comidas y el correcto desarrollo de una carrera de carros han de convertirse en un bagaje del estudioso actual para detectar conductas anormales, alusiones cómicas o guiños lingüísticos, cuando no, sencillamente, para imaginar un acontecimiento histórico.

Y, sin embargo, bien sabemos cuán escasos son los estudios que hoy se dedican a esta faceta de la Antigüedad. Salvo la escuela francesa, todavía muy atenta a la vida privada y a las costumbres, y sensible a los múltiples símbolos sociales e ideológicos que pueden rastrearse en una simple fórmula de cortesía, parece general el abandono de lo que comúnmente conocemos como “anticuariado”, con la sola excepción de las creencias religiosas. Cada vez que nos planteamos problemas como la forma concreta de un barco o el uso y nombre de una vasija, hemos de acudir a libros de principios de nuestro siglo, entre los que sobresale, ¿cómo no? el providencial *Dictionnaire des antiquités grecques et romaines* de Daremberg y Saglio (1877-1918).

Entre los efectos de este abandono se halla la esquematización de nuestras ideas: tendemos a vestir a todos los romanos -incluso en nuestros escenarios y en nuestro cine- a la moda del siglo I d.C., y les hacemos comer platos de Apicio en escenarios pompeyanos, con la vista puesta en el *Satiricón* de Petronio. Pero nuestra actitud tiene también una consecuencia historiográfica: solemos identificar como “anticuarios” -que era el nombre preferido por ellos- a los arqueólogos y eruditos de los siglos XVI a XVIII, y lo hacemos en parte para insistir en el papel básico que concedieron al estudio de la vida antigua.

Antigüedades profanas

La reconstrucción erudita de las costumbres romanas nace, como es lógico, cuando la Antigüedad comienza a perder su halo modélico. Los humanistas del siglo XV no sentían particular interés por mostrar lo que les separaba de su ideal en asuntos nimios y cotidianos, y se interesaban sólo por las instituciones que les parecía posible y deseable revivir -en concreto, ya lo vimos en su momento, la estructura política republicana-. Para todo lo demás, debía esperarse a que un cierto alejamiento teórico permitiese una visión objetiva o “etnológica”.

En ese sentido, suele fecharse el comienzo del “anticuariado” en un pequeño libro, el *De Romanis piscibus libellus* de Paolo Giovio (Roma, 1524), cuyo simple título (“Sobre los peces romanos”) anuncia lo específico de los estudios que predominarían en este campo. El estudio de “antigüedades” se iba a convertir durante siglos en una verdadera miscelánea de especialistas, muchos de ellos profesionales de otros campos (juristas, médicos, filólogos, etc.), que buscaban ansiosos en la prestigiosa Antigüedad los orígenes de sus saberes, además de prácticas o conocimientos que pudieran serles útiles.

Un ejemplo claro es, en este sentido, el estudio de las instituciones públicas. Si Paolo Manuzio (Mannuccius), hijo del famoso editor Aldo y editor él mismo, escribió sus tratados *De legibus* (1557), *De Senatu* (1581) y *De comitiis* (1585) como una expresión más de su actividad de traductor y humanista, el caso de Ioannes Sarius Zamoscius es muy distinto: bajo este nombre latino se oculta el de Jan Zamoyski (1542-1605), noble polaco que estudió en la Sorbona y en Padua, y que escribió su *De Senatu Romano* (1563) poco antes de volver a su tierra, donde le esperaba una trayectoria política de primer orden. Este brillante estudioso del derecho antiguo logró imponer por tres veces su candidato al trono de Polonia, reunió los títulos de canciller y de general en jefe, y se enfrentó victoriosamente al propio Iván el Terrible.

Son en cambio los médicos quienes se entregan con más pasión a los estudios de las comidas y los deportes de griegos y romanos. G. Mercuriali, brillante profesor de Padua, Bolonia y Pisa, publicó numerosísimas obras

sobre enfermedades, comentó a Galeno y a Hipócrates, y, sobre todo, escribió su *De arte gymastica libri IV* (1569) lleno de alusiones a la Antigüedad. En cuanto a Andrea Bacci, médico de Sixto V, publicó -ya lo vimos al hablar de la arquitectura- un estudio sobre las termas medicinales desde la época romana, y dedicó otro a los vinos antiguos y modernos.

Por lo demás, predominan los eruditos y humanistas, aunque con una peculiaridad digna de reseña: al basarse los estudios de anticuariado casi exclusivamente en los textos antiguos, y ser relativamente accesorio el contacto directo con las obras artísticas, se generalizan las aportaciones de investigadores extranjeros que, en ocasiones, no necesitan siquiera haber viajado a Roma. Baste recordar, ya en las primeras décadas del siglo XVI, el libro *De asse* del francés G. Budé (1524), tan útil en la marcha de la incipiente numismática, y contemplar a su lado, no por casualidad, los tratados sobre vestimenta (1526), vasijas (1531) y barcos antiguos (1537) de Lazare de Baïf (Bayfus), su corresponsal y amigo.

Algo diferente es el caso del toledano Pedro Chacón (Petrus Ciacconius, 1527-1581), brillante filólogo aficionado a las matemáticas y a la astronomía, y contemporáneo de Alonso Chacón, fraile dominico nacido en Baeza (1540-1599) y especializado en numismática e historia. En efecto, ambos se instalaron en Roma, y fue a raíz de su contacto con los eruditos romanos cuando aquél realizó sus obras más importantes sobre monedas y sobre pesos y medidas, además de su *De triclinio Romano liber* (1588) acerca de las costumbres de los antiguos en la mesa.

Aunque el “anticuariado” tentó a muchos eruditos durante tres siglos, lo cierto es que fue entre mediados del siglo XVI y principios del XVII cuando tuvo sus máximos y más famosos cultivadores. Entre los principales estuvo Onofrio Panvinio, agustino de vida muy breve (1529-1568) y de una actividad científica tan inmensa que, según Maffei, “fue tanto lo que escribió, que parece imposible que le quedara tiempo para leer, y raya en lo inconcebible que escribiera nada quien tanto leyó”. Los simples títulos de sus libros llenarían dos páginas de letra menuda y, en el campo que nos ocupa, se dedicó sobre todo a los grandes espectáculos antiguos y al estudio pormenorizado de la

ceremonia del triunfo: inspirado por los *Fasti Consulares et Triumphales* recién hallados en el Foro, publicó en 1565 su obra *Ornatissimi Triumphi*, varias veces reproducida tras su muerte, con el magnífico grabado en que se reconstruye, con mucho más detalle que en los grabados de Mantegna, el aspecto lujoso de las pompas imperiales. No cabe duda de la inspiración que esta imagen pudo ejercer en las fiestas de la Roma barroca, y en composiciones y dibujos de ciertos artistas asombrados por los festejos antiguos.

Viajero por toda Europa e instalado finalmente en Lovaina, desarrolla su extraordinaria actividad -de la que el anticuariado es tan sólo una faceta- Joest Lips (1547-1606), más conocido como Iustus Lipsius. Admirado por todos, incluso por Rubens, que lo retrató bajo un busto de Séneca, llevó sus inquietudes hacia el sanguinario campo de los gladiadores y el anfiteatro. Era la suya una época de guerra en los Países Bajos, que explica otra de sus peculiares aficiones: el estudio de las costumbres militares romanas, que en su propia época inspiraron un tratado varias veces traducido y reeditado de Guillaume du Choul (*Discours sur la castramentation et discipline militaire des anciens Romains*) y que, años más tarde, constituirían también el núcleo central del estudio *De Columna Traiani* de R. Fabretti.

Finalmente, Jules César Boulenger, prolífico autor de principios del siglo XVII, escribe con intención más bien divulgadora: banquetes, circos, anfiteatros, teatros, juegos privados, trofeos y arcos triunfales, incluso la persona del emperador, son temas para sus pequeños tratados, que responden a los intereses del público culto de su momento. Comienza desde entonces la decadencia del anticuariado visto como yuxtaposición de análisis concretos; el estancamiento y las repeticiones eruditas dominan cada vez más, y sólo se aprecia algún que otro estudio interesante por su novedad o por su erudición; baste, como ejemplo, el curioso tratado sobre los instrumentos musicales antiguos que realizó F. Bianchini.

Religión y ritos

A caballo entre el mundo de las instituciones y el mucho más complejo -y más conflictivo en la Roma barroca- de las creencias religiosas, el estudio del paganismo romano fue visto desde enfoques muy distintos. Partiendo de un libro de síntesis, el *Discours de la religion des anciens Romains* (1567) del ya citado G. du Choul, inmediatamente apreciamos la organización de varias vías que, no sin interferencias, parecen afianzarse como puntos de atención.

Tiene la primera, que es la mejor integrada en el mundo del “anticuariado”, el objetivo primordial de estudiar los ritos, más que las propias deidades. Nada mejor que describir las extrañas ceremonias de los pueblos antiguos, buscando, como Tomasso Porcacchi en sus *Funerali antichi di diversi popoli e nationi* (1571), la vistosa de los salvajes ritos escitas que describe Heródoto, al lado de otros más clásicos y mejor conocidos. Esto lleva, evidentemente, a posibles comparaciones con el cristianismo, pero siempre se puede, como hace J.B. Casalius, calificar de “profanos” los ritos de Egipto y Roma y reservar el apelativo de “sacros” para los paleocristianos, evitando así cualquier duda.

Otra visión del problema es la puramente iconográfica, que lleva a la identificación de los dioses a través de estatuas y monedas. Podemos ejemplificarla en los *Deorum dearumque capita* de A. Oertel (Ortelius), sabio geógrafo flamenco (1527-1598) más conocido por los magníficos mapas de su *Theatrum Orbis Terrarum*. Sin embargo, este planteamiento excesivamente simplista se funde muy pronto con la gran corriente, de tradición boccacciana, que es el estudio de la mitología: uno de los mayores logros del Renacimiento había sido la recuperación de las imágenes de los dioses antiguos y su reutilización en cuadros de tema mítico, y es lógico que muchos autores quisiesen ahondar en este campo y proponer interpretaciones de dioses, héroes y leyendas a la luz de simbolismos complejos.

La pasión por los símbolos, los textos oscuros y las imágenes extrañas, cuando no monstruosas, fue la clave del éxito para *Le imagini de i dei de gli antichi* de Vincenzo Cartari (1556), tratado donde se mezclaban leyendas clásicas con noticias sueltas, sin distinguir aportaciones egipcias o hibridaciones de época tardía; una obra, en fin, que, apoyada por un aparato

gráfico que crecía en sucesivas ediciones, creó un mundo de fantasmas simbólicos perfectamente acorde con la tradición de los “emblemas” renacentistas. Fue tanto su éxito, que aún se publicaba en pleno siglo XVII, llenando de fantasías a numerosos aficionados al ocultismo: bajo el peso de su tradición, C. Menetreibus buscaría simbolismos inquietantes en la Artemis Efesia, y Lorenzo Pignoria (Pignorius), apasionado por los jeroglíficos egipcios, analizaría las siempre turbadoras relaciones de Cibele y Atis a la luz de ciertos hallazgos (1623).

Más científicos -y menos atractivos también, por carecer de grabados- son los libros de mitología pura, basados sólo en textos antiguos. En este sentido, no cabe sino alabar el trabajo de Fray Baltasar de Victoria, autor de un magnífico *Theatro de los dioses de la gentilidad* en tres volúmenes (el primero, editado en Salamanca en 1620), y saludar el hito que, por su claridad expositiva, supuso el *Pantheum mythicum* del jesuita y profesor de gramática François Pomey (1618-1673): dará idea de su valor el hecho de que apareciese por vez primera en 1659 y que más de un siglo después fuese aún traducido al castellano (1764). En realidad, era un libro de consulta indispensable para cualquier persona interesada por la cultura clásica.

Finalmente, no se puede concluir este apartado sin mencionar una obra única: *La istoria universale provata con monumenti* de Francesco Bianchini (1697): en ella, por primera vez, se plantea la relación entre distintas religiones antiguas a la luz de sus documentos iconográficos y se ponen, en ese sentido, las bases de la iconografía comparada, indicando la necesidad de hacer una crítica de las obras conocidas para apartar las falsificaciones. Tal criterio, opuesto a la tradicional credulidad de los eruditos barrocos, supone una verdadera apertura al Siglo de las Luces.

Trabajos de síntesis y enciclopedias

Pese a su especialización compartimentada, los estudios de “anticuariado” nacieron con vocación de unidad. Toda la vida cotidiana de los antiguos, con sus leyes y sus creencias, exigía una visión global y una

exposición relativamente breve o sistemática, que permitiese consultas fáciles. Por ello, ya desde la segunda mitad del siglo XVI comenzó a cultivarse el tema de la *civitas romana* en su conjunto, pensando sobre todo en los estudiantes de latín, y son relativamente numerosos los manuales, algunos de ellos escritos por personajes de la talla de Dempster o Casali en época barroca. Fruto de las necesidades docentes o del necesario apoyo bibliográfico al Grand Tour, esta producción bibliográfica no podía decaer posteriormente: J.C. Santoroc en 1713, o incluso el británico Basil Kennett en 1737, marcan el camino que lleva hasta los manuales contemporáneos.

En el siglo XVIII, sin embargo, hay una tendencia a convertir estas visiones de conjunto en obras monumentales, que huyan del formato menor para imponerse por su carácter enciclopédico. Algunos estudiosos, como B.G. Struvius y A. van Nideck, limitan algo sus objetivos, centrándose sobre todo en los aspectos religiosos, con catálogos de iconografías, urnas, estelas e inscripciones votivas, pero los más ambiciosos tienen una meta más lejana, casi utópica: su deseo es reunir todos los documentos posibles sobre la vida y creencias de los antiguos, ordenarlos de forma racional y, analizándolos a la luz de los textos, dar una imagen cabal de la mentalidad del mundo clásico. Las obras así redactadas, cubiertas de ilustraciones, serán los más grandiosos monumentos de la arqueología europea hasta la revolución teórica de Winckelmann.

En este sentido, no cabe sino admirar a los dos grandes autores que, con su tesón y entusiasmo, consiguieron alcanzar sus asombrosos objetivos. El primero fue, sin lugar a dudas, Bernard de Montfaucon (1655-1741), un hidalgo del sur de Francia que, tras combatir a las órdenes del general Turenne, sufrió el choque emocional de la muerte de sus padres y decidió tomar el hábito de San Benito en Toulouse. A partir de ese momento (1676), fue ganando fama como filólogo y traductor de griego, viajó por Italia -ya hemos citado su diario al hablar de las ruinas de Roma- y, ya instalado en París, vivió la existencia reconocida de un gran sabio y académico, mientras escribía diversos tratados de filología y preparaba su obra fundamental: los

diez volúmenes -más cinco del *Supplément-* de su *Antiquité expliquée et représentée en figures*. Como él mismo dijo:

“Había recogido yo en Italia dibujos de monumentos antiguos de todo tipo, que allí se encuentran en mayor número que en los demás países de Europa. En Francia, continué buscando y haciendo dibujar todo lo que se encontraba en los gabinetes de los curiosos, además de los monumentos de toda especie que se encontraban en las ciudades y campos, más todo lo que se hallaba en los demás países de Europa, que recogí a través de libros impresos o por medio de mis amigos. El libro fue impreso en diez tomos y apareció en 1719”.

Tan enorme compendio, perfectamente ordenado además -dioses, cultos, vida cotidiana, vida pública, funerales- supuso un acontecimiento en el campo de la cultura europea, y la fama de Montfaucon fue tal desde entonces que su sarcófago, durante la Revolución, pasaría al Museo de los Monumentos Franceses.

Frente a erudito tan contundente, el aristócrata Anne Claude Philippe de Tubières de Grimoard de Pestels de Lévis, conde de Caylus (1692-1765), amigo de Watteau y autor de unas *Aventures curieuses et galantes des bals de bois*, podría parecer un pedante frívolo, “el más cruel de nuestros aficionados”, como diría Diderot para celebrar su muerte. Y sin embargo, nada más lejos de la realidad: cuidadosamente educado (en 1716 ya recorría Jonia tras visitar Constantinopla), buen grabador (son suyas las reproducciones de las monedas de oro del Cabinet du Roi que publicó en 1729), coleccionista, protector de artistas y académico, fue un hombre abierto a los movimientos culturales de su época y, en ese sentido, supo servir de digno puente entre Montfaucon y la Nueva Arqueología.

Su magno *Recueil d'antiquités égyptiennes, étrusques, grecques, romaines et gauloises*, en seis tomos (1752-1768), acaso no compita en volumen con el de su antecesor, pero aporta grandes novedades teóricas. Caylus tiene a gala publicar sólo “monumentos que me pertenecen, o que me han pertenecido”, y éstos no son obras maestras, sino “trozos de ágata, de piedra, de bronce, de tierra, de vidrio, que puedan servir para descubrir una

costumbre o comprender el texto de un autor”. Con este tipo de objetos, desarrolla su particular interés por los materiales y las técnicas artísticas, que intentó en ocasiones revivir -ya lo vimos al mencionar su libro sobre la pintura a la encáustica-, y plantea una clara distinción entre las culturas antiguas, incluyendo alusiones a las de Persia, Fenicia y las islas del Mediterráneo. Llegó incluso más lejos, al describir el principio básico de la evolución estilística en cada una de ellas: “Una vez establecido el gusto de un país, basta seguirlo en su progreso o en sus alteraciones”. Una mente tan lúcida, unida a una actitud generosa hacia todos -Le Roy recibió su apoyo para su viaje a Grecia-, hicieron de Caylus el sabio más reconocido en los ambientes artísticos y arqueológicos de su momento, y permiten verle hoy como el último representante creativo de la cultura anticuaria.